

Luis Martín Valdiviezo Arista

Regreso del Marinero

Sobre la proa de un carguero, Ulises Hernán Quispe Soto deja atrás Port of Boston viendo comprimirse la elegante ciudad como una mancha ploma entre las placas del mar y del cielo. Sus sentimientos regresan a Lima tan pronto su mirada se dirige mar adentro. Vuelve por la ruta del recuerdo de rincones familiares incrustados entre multitudes embriagadas por aromas de flores de sal y sudores de pulpos. Su imaginación se inunda nuevamente de aquellas neblinas pálidas y humos plomizos que envolvían historias de milagros e infamias escritas durante siglos. Las imágenes turbulentas de dictadores codiciosos, mesas desabastecidas y amores fallidos no logran importunar sus añoranzas infantiles.

Sólo lo que le dijo con voz compasiva dieciséis años atrás una gitana de Marsella taladra su ánimo. Desde entonces, esas palabras lo han golpeado como un péndulo oxidado oscilando dentro de su pecho y postergando su regreso. En noches de fiebre e insomnio, ha escarbado en ellas sin descubrir si encerraban una maldición o una bienaventuranza. Finalmente, la marea alta incesante de la nostalgia lo ha convencido de que debe regresar.

Tras varios días de incertidumbre, Ulises descubre que el camino a Lima no es irreversible y ya se aproxima al puerto del Callao. A ratos, teme que en esa urbe desmedida ya nadie sepa las razones de su nombre, que él sólo sea una sombra de Nadie sobre sus veredas ajetreadas, que en esas calles

impacientes sólo lo esperen los fantasmas vencidos de su destierro final.

Ulises ha sobrevivido a las islas del exilio, donde se acumulaban las arenas del olvido y la demencia, ocultando un sueño empedernido que, como una araña inconstante, lo ataba y desataba a casas, playas y muelles de Lima, tejiendo y destejiendo su regreso. Ulises nació a orillas de las voces insondables del Pacífico Sur. Creció jugando con los caballos de agua de sus oleajes. Secó su sudor con la sal minúscula y la brisa densa de sus playas. Bañó sus primeros años con la espuma que el cuerpo cóncavo del mar guardaba en las bahías del Callao, Chorrillos, Cerro Azul y Ancón. Algunas veces, la muerte lo acarició bajo sábanas azules de agua, pero las bahías lo devolvieron con bocanadas torrentosas a las fronteras urgentes del aire.

La lenta rutina de su infancia sólo fue interrumpida aquel domingo en que las calles tronaron como si se derrumbara una inmensa montaña bajo el suelo y, luego, las casas se sacudieron como pescados luchando por beber oxígeno fuera de las aguas. En segundos, la población oculta en los pequeños laberintos de sus hogares alcanzó aterrada las calles. Unos corrieron vestidos y otros desnudos o a medio vestir. Las ancianas de cabelleras blancas y manos bruñidas se arrodillaron sobre el pavimento y empezaron a implorar a gritos: “¡Señor, aplaca tu ira!”, las madres caían al suelo abrazadas a sus pequeños hijos, incapaces de sostenerse en pie. Hombres robustos y curtidos por incontables faenas de pesca en alta mar eran paralizados por el miedo, sólo atinaban a gemir como si una pesadilla los redujese a la impotencia. Los perros

ladraban con desesperación en todas las direcciones como si vieran a punto de cerrarse el cerco invisible de la muerte, mientras las paredes temblaban como livianas hojas de eucalipto golpeadas por el viento. En cuclillas, junto a sus hermanos y alrededor de su madre, Ulises escuchó decir a su padre con la resignación de quien ha esperado por largos años la llegada de la peor de las catástrofes: "Es el fin del mundo". De inmediato, el seísmo cesó.

Entonces, las personas comenzaron verificar si todos los suyos estaban a salvo. Luego, comenzaron una marcha multitudinaria al morro. Paso a paso, los vecinos empezaron a hablar, a reír, a comparar ese terremoto con los terremotos del pasado y a agradecer que el final de los tiempos haya sido aplazado. Luego de constatar por dos horas desde el morro que las olas mantenían el tamaño y velocidad usual, todos decidieron volver a sus casas y recomenzar la jornada. A los pocos días, ya no se habló más de aquél terremoto de treinta segundos durante los cuales nadie murió.

Ulises creció como un lobo de mar adolescente, algunas veces, embriagado por la frescura con que discurrían amaneceres sin memoria; otras veces, abrumado por el silencio de unas calles fúnebres y unos muelles raídos por la escasez de anchovetas. Mil y un días celebró la comunión del jugo de limón con el pescado crudo sobre los brazos de la arena.

Las quietas aguas del olvido se le escurrieron cuando María Penélope Huapaya Charún varó en la orilla. Enredada aún en yuyos y conchas de abanico, ella le lanzó una ineludible sentencia: "Tenemos historias escritas en la piel". Así estalló su asombro por el devenir del tiempo y las incontables rutas del mar.

En el ciclo que abrazaron dos veranos, él asistió a una prodigiosa escuela del crepúsculo. Incitado por la multitud de crónicas de Penélope, creyó escuchar los antiguos rumores de mares y ríos de América, Europa, África, Medio Oriente, Asia y Oceanía confluyendo sobre su piel. Entre pelícanos y cangrejos, los ejes de su mundo comenzaron a girar mientras la voz cálida de ella imaginaba las pasiones y siglos que mezclaron tragedias y comedias de pueblos tan diferentes sobre las playas del sur del mundo. En los ojos ardientes de Penélope, Ulises vislumbró las sucesivas diásporas que los habían procreado sin soñarlo y anheló formar junto a ella un hogar que recorriera toda la Tierra antes de dar sus frutos. Hasta que una mañana, ella le mostró sus alas livianas de gaviota y le dijo: “Sólo hay una vida para conocer el mundo. Debo partir”. En secreto, él tragó con amargura las lágrimas de su primer naufragio y le prometió a los muelles: “Seré velero y me haré a la mar”.

A medida que el joven Ulises crecía, aumentaba su nostalgia por lo desconocido. Una coalición de desventuras sentimentales, penurias económicas y azares oportunos apresuró la fecha en que se lanzó al camino de la aventura.

Zarpó del puerto del Callao a bordo del buque pesquero japonés Flor Flotante. Ignoraba a qué orillas lo conducirían los vientos y mareas, pero confiaba en los buenos designios de un dios que creía conocer. Sólo llevó un corazón capaz de seguir el ritmo de noches y días de peligro en alta mar. Así, durante cuatro años atravesó varias veces las aguas que separan Alaska de Nueva Zelanda y deambuló por decenas de puertos sobre cuyos malecones se comercializaban desde felaciones hasta repuestos de aviones de guerra.

Ulises fue abruptamente desembarcado del Flor Flotante en Whangarei acusado de haber esparcido el cólera que diezmó a la tripulación y acabó con la vida del silencioso capitán Matsuo frente a las aguas de Nueva Zelanda. Desde entonces, se enroló en sucesivas tripulaciones bajo banderas de una decena de países conocidos y desconocidos, y desempeñó diferentes oficios en alta mar. En su larga marcha, atravesó fronteras de mares y océanos junto a miles de desarmados que, como él, padecían la sed por una vida mejor. Fue en medio de días de asueto en tierra firme cuando se cruzó con esa anciana gitana cuyo rostro reflejaba una sabiduría venerable y fatal. Él salía de un bar junto a una joven alemana que llevaba coloridos tatuajes en los extremos de su frente y, a insistencia de la joven, le entregó a la anciana la palma de su mano.

Ulises nunca mencionó a nadie los vericuetos de sus amores griegos en las noches de alta mar ni sus romances prostibularios en tierra, pero solía jactarse en los bares de tres avatares que convirtió en sus mayores proezas de marinero. El primero se desplegó a lo largo de una noche interminable. Un buque carguero que lo había empleado en Bahrain se hundió a causa de un tifón frente a las costas de la India. La mano de Omar, un marinero filipino en cuya lengua se mezclaban sin ley el tagalo y el castellano, lo salvó de morir tragado por las entrañas de unas aguas más oscuras que la sombra de aquella noche. Al borde de la extenuación, ambos se aferraron con los dientes a un peñón. Estando a salvo, Omar oró a Alá y quedó dormido. Luego de ser recogidos por unos pescadores artesanales, ambos se despidieron como hermanos en el puerto Chennai desde donde Omar inició su primera peregrinación a pie a la

Meca.

El segundo suceso se desencadenó en el Golfo Pérsico. Antes de zarpar en un barco francés junto a la desembocadura del río Tigris, Ulises escuchó la voz de una mujer joven que le imploraba auxilio. Era Fátima, una traductora que huía de la barbarie de las guerras. Él la escondió en una bodega repleta de costales de algodón y la proveyó de dátiles y agua.

Dos días después, el barco y la tripulación fueron capturados por piratas somalíes. Un hombre enorme como un árbol arrojó a la traductora atrapada en una red de pesca a los pies del capitán somalí. El capitán rió y pasó saliva mientras ordenaba juguetonamente que le quitaran la red. La joven se puso de pie. Una cabellera negra, larga y sedosa, le cubría el rostro. Temblando, repitió con sus últimas fuerzas: “Soy palestina” en árabe, italiano e inglés. El capitán se puso serio: “Alá bendiga a Palestina”, le dijo en un árabe masticado. La mujer agradeció y respondió con otras bendiciones. En ese momento extremo, ella experimentó por primera vez en su vida el privilegio de ser palestina. Con el rostro iluminado, señaló a Ulises diciéndole al capitán: “Él es mi prometido”. El capitán y sus hombres se rieron al unísono: “¿Tú también eres palestino?”, preguntó el capitán en su árabe áspero. Ulises miró al capitán y a Fátima sin entender nada. Ella intervino de inmediato: “Es descendiente de palestinos nacido en el Perú” –“¡Ah!, Perú, donde fue el terremoto”. Uno de los hombres somalíes dijo algo al oído del capitán. Éste adoptó un gesto cruel: “Ustedes se irán luego de que el peruano prepare *Cebiche* para nosotros durante siete días”. Todos rieron. Semanas después, Fátima se despidió de Ulises en Alejandría, sin

besos ni abrazos, tan sólo con una ardiente y cándida sonrisa que a él le pareció haber contemplado desde mucho tiempo atrás.

El tercer suceso se inició una mañana en la que apenas se escuchaba la respiración fatigada del Mediterráneo. La tripulación había divisado una nueva red para pescar atún que parecía sostenida por unos extraños flotadores y el capitán español había ordenado acercarse a ella por simple curiosidad, algo que era inusual en él. Pronto constataron que se trataba de veintisiete hombres de una piel marrón oscurísima sujetando toda su vida a esa red de pesca circular. El capitán dio orden de volver a la ruta: "Esto no es asunto nuestro. Somos un barco de carga, no de ayuda humanitaria. Y no podemos perder una hora", dijo zanjando cualquier duda entre los tripulantes.

Cuando el capitán se dirigía a su cabina de mandó, lo interceptó el contramaestre, quién también era español: "¡Se van a morir!", le gritó con angustia. Sin perder la compostura de su medio siglo y autoridad, el capitán le replicó: "Es lo mejor que les puede pasar" y continuó su camino. El contramaestre estalló después de unos segundos: "¡Me cago en la puta madre que te parió, esto es un crimen, te voy a denunciar!". Media tripulación escuchó los puñales envenenados que en aquel momento los dos españoles se dijeron sin tregua, pero nadie más intervino. Había un silencio doloroso e incierto entre los marineros. El contramaestre parecía dispuesto a arrojar al capitán por la borda. El capitán palpó disimuladamente su correa y se percató de que no llevaba puesta la pistola. El asistente llegó presuroso, alertado por algunos tripulantes, y confrontó de inmediato al contramaestre: "Esto va contra el

reglamento y si nos retrasamos le cortarán el salario a la tripulación". Al ver que ya casi todos los marineros se había congregado en la proa, el contramaestre gritó: "¡Que levanten la mano los que van a por el rescate!" Como si se tratase de una confesión punzante, media tripulación levantó pesadamente la mano.

En ese momento Ulises subía a la proa. Un argelino lo puso al tanto de las circunstancias, su voto decidiría la pugna y la vida de esos veinte siete náufragos. El capitán le habló enfáticamente: "Peruano, tú no vas a aceptar perder tu salario y darle tu cama, tu agua y tu comida a esos negros que después te comerán vivo apenas puedan". Esa fue la primera vez que el capitán lo llamó 'peruano'. Ulises miró a todos los tripulantes, miro a los desdichados que ya casi se perdían en el vaivén de las aguas y el corazón le dio un salto. Levantó la mano y, por única vez en su vida, se sumó a un motín. El contramaestre gritó: "¡Decidido!".

Los infortunados llevaban tres días agarrados a la red. Ninguna de las seis embarcaciones que se habían aproximado a ellos había querido rescatarlos. No podían mover ni la boca, pero agradecieron a los tripulantes desde el fondo de sus ojos hundidos y deshidratados. Casi no pudieron comer. Ulises y los otros le dieron en la boca una sopa de papas con zanahorias. Luego, los rescatados durmieron y despertaron cuatro veces más para terminar la misma sopa hasta que llegaron al puerto de Algeciras dos días después.

Antes de desembarcar, Salomón, un náufrago de Eritrea, le narró a Ulises cómo había perdido a sus padres y hermanos algunos años atrás en una guerra. Le contó, además, que él creyó que había llegado su hora de morir cuando la

embarcación plana y sin quilla que los transportaba se empezó a hundir. Ya había iniciado su última oración cuando escuchó un llamado y vio en un resplandor pasajero de la noche el rostro de su novia de juventud, Majadir. Entonces, la voluntad de vivir estalló como un volcán dentro de él y luchó con todas sus fuerzas para salvarse. Al despedirse, Salomón le confesó a Ulises que iría a Nápoles donde creía que ella vivía: “A quien ya lo perdió todo, sólo la esperanza del amor puede seguirlo atando a este mundo”. Esa noche, Ulises acarició el rostro y los senos de Penélope en sus sueños.

Durante esos años de solitario nómada de los mares, Ulises fue escuchando en su silencio lejanas voces mestizas, mientras en diferentes puertos era llamado ‘el extranjero’, ‘el infiel’, ‘el pagano’, ‘el peruano’, ‘el cabezana’, ‘el sudaca’, ‘el inca’ o ‘el latino’, a veces con desprecio y otras con asombro. Además, conoció a otras decenas de mujeres y hombres cuyas vidas le recordaron la frase trágica de aquella gitana. Ellos agonizaban como parias sobre orillas envenenadas de océanos ajenos mientras sus labios se inundaban de reminiscencias infantiles de países maravillosos. Él no quería terminar su vida así.

Luego de varias travesías alrededor del mundo, Ulises ancló sobre las playas de Massachusetts a finales de un invierno. Rápidamente, la brisa mentolada del Atlántico Norte se le hizo insípida y extraño en extremo la amistad de las orillas templadas de su mar materno. Se inquietó pensando en sueños que había dejado a la deriva entre delfines y pingüinos de la Mar del Sur, en preguntas que había escondido bajo la arena de una playa desierta, en visitas

que había incumplido a caletas de madera y esteras, en decenas de manuscritos inconclusos que Penélope se llevó a Salvador de Bahía y en el calor humilde de su hogar. Ulises sintió la necesidad de encontrar su destino final: “Debo regresar”, se dijo.

Ahora, Ulises recorre agazapado la ciudad, pasando de microbús a combi y de combi a taxi una y otra vez, mientras éstos porfián por despuntarse en la estampida motorizada que exaspera la metrópoli de punta a punta. A veces, las salsas y las cumbias de las radios locales lo trasladan a aquellas noches caudalosas en las que cantos de sirena lo arrastraban a las bahías perfumadas de la ruta. Oscuros cristos y sanmartines observan a los pasajeros desde estampas colgadas en los parabrisas. Son los dioses modestos de un reino que está más allá de la carrera asfixiante de todos contra todos y de las inminentes colisiones sobre la pista.

Dentro de los pequeños recintos móviles, Penélopes desconocidas con mejillas color de trigo, canela, café, naranja y durazno se suceden indiferentes a la incesante guerra de timones y aceleradores. En cada paradero, él padece ligeras desolaciones cuando sus rostros plácidos, como amaneceres de verano, abandonan su ruta volviendo con sus sueños secretos a las veredas.

Ulises está ansioso; quiere estar ya en su hogar anhelado, aquel recinto tras la puerta de madera entumecida que sonreía cálidamente a su ingreso, y no en ese enjambre palpítante y ensordecedor de embarcaciones disparadas hacia el todo y la nada de la ciudad. Por un instante, padece el presente continuo de

un retorno imposible.

El camino le muestra su final. Sus pasos acarician la empequeñecida vereda de antaño que colocaba su hogar a un paso de un mundo ilimitado e incierto. Frente a la antigua iglesia del barrio se yerguen nuevos templos con credos distintos. Ruinosas paredes celestes miran sus ojos inundados de lágrimas. Ulises palpa suavemente el cemento de su vieja casa con manos encallecidas y resurge contundente un sentimiento ancestral de pertenencia. Golpea con afecto la puerta de hombros caídos y ésta recibe sumisa su llamado.

Él se estremece deseoso de abrazar y besar su hogar; no los objetos que lo atiborran, sino sus multicolores padres, hermanas y hermanos; también las tías que curaron sus enfermedades infantiles, los tíos que apoyaron sus pasos indecisos, las primas y primos que tal vez han regresado de tierras extrañas antes que él, las sobrinas y sobrinos que jamás ha visto.

Ulises encuentra a su abuelo Manuel, quien enjuto, maloliente y desaliñado, le pregunta de inmediato por los amigos que él perdió en aquella rebelión campesina que devoró su terruño lejano cuando era un niño. De pronto, Ulises hunde abismalmente los ojos y empieza a llorar a mares sobre sus barbas encanecidas por la desdicha de haber sobrevivido a los desastres que arrasaron con todos los suyos. “¡Abuelo, soy Ulises, tu nieto!”. Su abuelo lo mira con furia y le declara tajantemente no conocer a “ningún Ulises” y no tener familiar vivo después del último terremoto. Desde altares minúsculos, cristos mestizos y santos negros observan su regreso infructuoso. Él ha encontrado su casa vacía de hogar. Los violentos caprichos de poseidones, lestrigones, polifemos y círces

lo torturan en la isla donde debía alcanzar la felicidad. Las palabras de aquella profeta gitana resucitan como un golpe ensordecedor ‘*Nunca regresarás*’: “¡Váyase a joder a otra parte!”, le grita su abuelo antes de arrojarle la puerta.

Dentro de una habitación, Ulises rasca descuidadamente sus barbas, camina indiferente a los olores agudos de todo su cuerpo y viste al azar con sus ropas de marinero antes del amanecer. Una aguda sensación de asfixia lo asalta cuando piensa en la pérdida de sus seres queridos. Deja el añojo hotel sin estrellas donde ha permanecido siete días con la conciencia de habitar un sepulcro y sale a la playa, despejada a esas horas, en busca del pequeño bote de pesca que alquiló el día anterior. Lleva consigo una pequeña mochila vacía que repleta de piedras en la orilla del mar.

En el curso de la mañana, logra remar sin tregua hasta quedar a merced de las ondas de alta mar. Abandonando sus pensamientos a la deriva, repasa como una película triste la simplicidad del hogar de su infancia, la mirada de Penélope y la estela continua de la soledad a lo largo de su vida. Una sudoración acompañada de un pequeño tiritar en las manos lo afecta cada vez que recuerda su encuentro crucial con aquella gitana.

Ese mismo atardecer, Penélope Huapaya, con libertades recuperadas después de dos matrimonios opresivos, dolores en las rodillas en las noches de luna llena y una maternidad cumplida en dos hijos ya emancipados, sufre un inexplicable ataque de llanto en medio de su biblioteca.

Ulises se coloca con precisión la mochila y se sumerge lentamente en las aguas que lo vieron crecer. Recuerda claramente haber vivido muchos

momentos parecidos. Se constata sereno y sonríe ligeramente. Siente que es mejor desear lo único que no le será inútil desear: el final sosegado de su propio mundo. En un instante, atraviesa todos los momentos de su vida: es un niño, un joven, un adulto y un moribundo a la vez. Sin desconcierto se dice adiós. Los sombríos colores submarinos se transforman en su pupila en un solo color sin luz. Abraza a su madre rejuvenecida y se entrega sin pensamientos a su dios desconocido.

Luego de unos segundos, bruscamente y sin restricciones, se deshace de la mochila lapidaria, abre los brazos y los agita hacia la superficie del océano. Sujeto al bote y respirando con desesperación, tiene la mirada atravesada por una evocación fundamental. Mirando dentro de sí, grita sobre las palpitantes aguas: “¡Penélope!”

Amherst, Massachusetts, 2010